

El Conventico

Robe Ferrer



Capítulo 1

Nuestra historia nos sitúa en un camino o (por llamarle de alguna forma) que une dos pueblos situados al noroeste de España, en la provincia de Zamora, aunque la verdad es que están más cerca de León que de Zamora. Los pueblos en cuestión son San Pedro de la Viña, un pueblecito de cerca de doscientos habitantes (si es que llega) y Santibáñez de Vidriales. Santibáñez es la capital por así decirlo, es el pueblo más grande de los alrededores; tiene un par de bancos y cajas de ahorros, supermercados, parques, frontón, el ayuntamiento del que dependen otros pueblos más pequeños como San Pedro, y discotecas que es lo que hace que sea tan popular en nuestros días. No hay discotecas en otros sitios cercanos y es allí donde se junta toda la juventud por las noches. La población de Santibáñez viene a ser de unos mil habitantes en invierno, ya que en verano como en todos los pueblos la población se dispara. En San Pedro, la población en los meses de verano también aumenta; es más nuestra historia se centra en unos veraneantes de San Pedro y Carracedo. Carracedo es una aldea, con unos cien habitantes, que está un poco por encima de San Pedro, a menos de un kilómetro.

Las personas de la historia, aunque eran de dos pueblos distintos, siempre quedaban en San Pedro, raras veces subían a Carracedo; lo primero porque eran más personas de San Pedro y porque en Carracedo no había nada. De Carracedo eran Silvia y Laura. Realmente eran de Madrid pero pasaban sus vacaciones en Carracedo. De San Pedro eran Juan Cruz (o como le llamaba Roberto), Dani, Roberto (más conocido por Robe) y Fernando. Juan Cruz era de Vitoria, Dani de Bilbao, Roberto de Madrid y Fernando de Tres Cantos. Fernando era primo de Laura, Laura de Silvia y Dani de Roberto. Dentro del grupo había más gente como Manolo, Guillermo, Yeray, Yanire, Saioa, Marcos, Miguel, Luisimi... pero ellos no vivieron la gran aventura.

El , como su nombre indica, fue un convento en sus días. Justo por su puerta principal pasa la carretera haciendo una curva: la curva del . Tenía dos pisos y una buhardilla, un patio interior trasero en el que se sitúa la capilla. Todo el recinto del convento en su día estuvo vallado, hoy por hoy la valla está derruida como el resto del convento; todas las ventanas y puertas están destruidas, la escalera que lleva del piso bajo al primero está medio caída, la cocina quemada, la mitad de las paredes tiradas y la

fachada este hace ya muchos años que no existe. En un principio, se dice que el terreno pertenecía a la alta nobleza, unos duques o unos condes o algo por el estilo, luego pasó a la propiedad de unos frailes y sirvió como colegio para las gentes

del pueblo. La fecha de la que data no está muy concreta pero se cree que del siglo XVII o inicios del XVIII. Durante los últimos años muchas generaciones han entrado allí a fumar y beber sin que nadie los viera, firmaron en las paredes con trozos de madera carbonizados, spray, tiza y demás objetos inverosímiles que encontraban por los alrededores. Aún si alguien se acerca por allí se pueden ver esas firmas y demás cosas peculiares del edificio.

Nuestra historia comienza en la noche de un jueves de agosto del año 2001, una noche sin luna...

Roberto pasó a llamar a Dani a su casa y como éste le dijo que iba a tardar un poco fue a llamar a Juan Cruz y a esperar a Laura, Silvia, Fernando, Manolo y a otros del grupo que habían quedado a las once en la puerta del bar. El primero en llegar fue Fernando, luego llegaron Roberto y Juan Cruz, unos minutos más tarde Laura, Silvia y Manolo. Luismi iba y venía con la . Guillermo y Yeray llegaron a las once y veinte y poco después Dani. Se sentaron en la terraza del bar y se pusieron a hablar de qué hacer y de adónde ir.

– Vamos a Santibáñez– propuso Dani.

– No, yo paso, yo prefiero salir mañana; además, estoy destrozado de ayer– se opuso Fernando.

– Yo también paso– dijo Laura.

– A mí hoy no me dejan– dijo Silvia.

– Sois unos mierdas, siempre estáis igual– se quejó Roberto–. Coño Fer, como dice el anuncio de .

– Joder, si queréis salir id vosotros– dijo Laura.

– Pues para estar aquí muertos de asco y que a la una o por ahí digáis que os vais prefiero salir– dijo Roberto.

– No tenemos por qué estar muertos de asco. Vamos a la iglesia y nos echamos unas risas o la o al o a la – le dijo Fernando.

En eso llegó Miguel y se puso a hablar con Luismi, Manolo y Yeray. Miguel y Luismi tenían plantadas por el monte varias plantas de marihuana y habían decidido ir, quitarle unas hojas, secarlas en el microondas de Miguel y fumárselas; luego irían al a hacer el tonto. Les ofrecieron la idea a los demás.

– Veníos al ya verás como os lo pasáis bien y os reís un montón– propuso

Manolo.

– Vete a tomar por el culo Manolo– contestó Dani.

– Yo paso de que nos pillen y se nos caiga el pelo por hacer el gilipollas con la máquina esa– dijo Roberto.

El era el nombre de una máquina de obras que estaba en las excavaciones arqueológicas del cruce de la carretera, a unos dos kilómetros. Llevaban un par de años que iban y se montaban en la máquina, daban unas vueltas, hacían y luego la dejaban otra vez (sin apenas combustible) en su sitio. Varias veces habían estado a punto de pillarles pero siempre se habían escapado a tiempo.

– Allá vosotros– dijo Miguel– nos vamos. ¿Dónde vais a estar luego?

– Ni idea, si no estamos en el o en la estaremos en la o en la iglesia– informó Fernando.

Miguel, Luismi, Yeray, Manolo y Marcos se fueron al . El resto de los que había se quedaron a la puerta del bar decidiendo a ver lo que hacían. Guillermo optó por irse a su casa porque se aburría. Yanire y Saioa se fueron a dar una vuelta. Se quedaron Dani, Fernando, Roberto, Juan Cruz, Laura y Silvia. Al final decidieron comprar una caja de botellines e ir a beberlos a la . Esperaron a que estuviera Maxi, el dueño del bar, en la barra, y no su madre o su hermana, para entrar y pedirle que les sacara una caja de botellines por las puertas de atrás (que en realidad estaban al lado de la principal pero era parte de atrás del bar y por eso les llamaban las puertas de atrás). Fue Roberto el que entró a pedirla. Casi siempre era Roberto el que compraba la bebida y el tabaco porque era el mayor y nadie le ponía impedimentos. Tenía veintiún años. El siguiente en edad era Fernando que tenía dieciocho, Juan Cruz los cumpliría en Octubre, Dani había cumplido en Junio los diecisiete, Silvia tenía dieciséis y Laura los haría en Octubre. Antes de entrar a comprar Roberto la caja de botellines Dani le recordó unas cosas.

– Robe, mitad y mitad ; pídele un abridor y compra tabaco.

– Dadme pelás para tabaco que yo sólo tengo para un paquete para mí– pidió. Juan Cruz, Dani y Laura le dieron el dinero que costaba su paquete de tabaco. Cada uno fumaba una marca distinta. Dani , Juan Cruz y Roberto y Laura . Pasados unos minutos salió Roberto y repartió el tabaco a sus amigos. Poco después saldría Maxi con la caja de botellines.

– Ya está, me ha dicho que ahora nos los saca. Vuestro tabaco. – ¿Y el abridor?– preguntó Dani.

– Lo tengo en el bolsillo– contestó Roberto.

Cuando salió Maxi con la caja de botellines la cogieron Juan Cruz y Roberto. Y pusieron camino de la . Aunque no habían hablado nada era el

camino que llevaba a la , a la , al y también se podía ir por él a la iglesia. A la entrada de la calle se pararon los que llevaban la caja de botellines para el relevo y decidir por fin donde iban a ir. Tras unos minutos hablando y discutiendo decidieron que irían a la , allí se sentarían y se beberían los botellines entre risas y conversaciones.

Llegaron al campo de fútbol de la y se sentaron donde encontraron un lugar con la hierba mullida, muy cerca del centro del campo. Fernando y Dani, los del relevo, dejaron la caja en el suelo y luego se sentaron. Laura y Silvia se sentaron juntas, a la derecha de Laura estaba Roberto y luego Juan Cruz, el círculo lo cerraban Fernando y Dani respectivamente. El primero en a la caja de botellines y hacerse con una fue Juan Cruz.

– Robe, pásate el abridor.

– Espera que lo tengo en el bolsillo– respondió Roberto. Se puso en pie y sacó el abrebotellas, se lo tendió a Juan Cruz y luego se sacó el paquete de tabaco y se echó un cigarro a la boca; sacó el mechero y se lo encendió. Luego ofreció a los demás y todos excepto Silvia cogieron.

Roberto se sentó y se cogió una .

– Dame el abridor– pidió Dani a Juan Cruz. Dani también había cogido una .

Cuando todos tuvieron una cerveza abierta en la mano dejaron el abridor sobre la caja y se pusieron a hablar. Roberto empezó a contarle a Juan Cruz lo que le había pasado en el tren con el revisor un día que se había colado. Mientras, Dani hablaba con los otros de una anécdota del fin de semana anterior.

Laura era una chica morena con el pelo por debajo del hombro rizado, tenía los ojos marrones. Medía cerca del metro sesenta y cinco y estaba delgada, aunque no tanto como Silvia. Silvia era más baja y delgada que Laura, también era morena con el pelo rizado pero tenía los ojos entre verdes y azules. De los chicos los más altos eran Fernando y Juan Cruz, los dos delgados Fernando con el pelo corto de punta y Juan Cruz con él largo cortado a capas y tenía perilla. Dani también llevaba el pelo largo cortado a capas pero sin perilla, era el más gordo de los cuatro pero no era una exageración, era de alto como Roberto, un metro setenta y tres, moreno y con los ojos marrones. Roberto llevaba el pelo corto y de punta como Fernando, con patillas largas

rectas hasta casi debajo de las orejas, casi siempre iba con la barba de una semana, e incluso de dos.

Cuando llevaban un par de botellines, o tres algunos, Juan Cruz miró al suelo e hizo un comentario con Roberto.

– Estoy dejando el suelo lleno de los papelitos del botellín.

– ¿Sabes que dicen que pelar el botellín es síntoma de falta de sexo?– le informó Roberto.

- No jodas; mira- y le enseñó su botellín desposeído de sus etiquetas.
- Como el mío- contestó Roberto y le mostró el suyo exactamente igual, sin etiquetas. Los dos comenzaron a reír.
- ¿Qué es lo que os pasa?- preguntó Laura. El resto no se había enterado de la broma y cuando se la explicaron todos rieron.

Pasado un minuto Silvia exclamó.

- Pues es verdad es un vicio esto de quitar la etiqueta.

Roberto y Juan Cruz rompieron a reír. El resto de nuevo no se enteró de lo ocurrido y cuando tuvieron suficiente aire, para no ahogarse de la risa, Roberto y Juan Cruz se lo explicaron.

- Hala, que cabrones- dijo Silvia- os estáis riendo de mí.

Esta vez todos comenzaron a reír. Luego el tema de conversación recayó en los que se habían ido al a hacer el gilipollas. Todos pensaban que algún día los iban a pillar allí y que se les iba a caer el pelo por tontos. Por allí pasaba mucho la Guardia Civil, muchos coches, podía ir el dueño por casualidad y encima gastaban todo el combustible del depósito, así normal que se diera cuenta el dueño de que alguien iba y lo cogía cuando él no estaba.

Continuaron hablando, cuando de pronto escucharon unos ruidos.

- Ssshhh!- pidió Dani-, no habéis oído nada.
- Yo sí, he oído ruidos- afirmó Laura-. Por allí.

Todos miraron en dirección al camino, que era donde estaba señalando Laura, y vieron la sombra de una persona que se acercaba a ellos.

- ¿Quién eres?- preguntó Dani. Nadie contestó. La sombra se paró. Dani volvió a preguntar.
- ¿Quién coño eres?

De nuevo el silencio respondió a su pregunta.

- Vete a tomar por el culo quién quiera que seas- le dijo Roberto. Tomó un cigarro que le ofrecía Juan Cruz y se lo encendió.

La sombra giró sobre sus talones y se fue.

- ¿Quién sería?- preguntó Silvia.

- Ni idea, sería alguno de los pequeños buscando a alguien, y al ver que no éramos nosotros se ha ido- contestó Fernando.
- O del grupo de los - dijo Roberto.

– No creo, porque si no nos hubiese dicho quién era, y nos habría preguntado a ver si habíamos visto a los otros. Yo creo que era de los pequeños, el hermano de Marga y esos; y no quería que supiéramos quién era porque estarán bebiendo o fumando.

– Sí, lo más seguro– dijo Silvia.

Volieron los ruidos por el camino y otra sombra distinta se acercaba a ellos. – ¿Quién eres?– preguntó de nuevo Dani. Esta vez sí halló respuesta.

– Soy Yanire.

– ¿Eras tú la de antes?– le preguntó Laura. – ¿Cuál de antes?

– La que acaba de llegar allí, darse la vuelta e irse– explicó Silvia.

– No, no era ella, la otra persona no llevaba el pelo largo y era más alta– dijo Roberto.

– No, yo no era.

– ¿Y te has cruzado con alguien en el camino?– preguntó Laura.

– No.

– ¿Había alguien en la ?

– Yo no he visto a nadie.

– Te vería y se escondería detrás de la . Si era uno de los pequeños como ha dicho Fer lo habrá hecho para que no supiéramos quien era– argumentó Roberto.

Ese fue el último comentario que hicieron al respecto de la sombra hasta pasadas varias horas.

Llegó la una y media de la madrugada y Yanire anunció que se iba. Nadie dijo que la acompañaba o que esperara que no tardaría en irse como sucedía casi siempre. Todos sabían que esa noche volverían tarde a casa, incluso estando en el pueblo sin hacer nada. Esa era la condición de Roberto y Dani para no irse a Santibáñez; aunque no lo habían dicho, todos sabían que estaba implícito en sus palabras. Aún les quedaban

seis botellines de la caja de treinta; todos de ninguna , porque a casi todos les gustaba más excepto a Roberto.

– Venga, que queda uno para cada uno– anunció Juan Cruz.

– Yo no puedo ya con más– le dijo Laura–, que alguien se coja el mío.

– Venga Laura, tía, que sólo es uno– le dijo Silvia–. Además, casi no has bebido nada.

– Que no tía, que no puedo más.

– Si no quiere más dejadla– dijo Fernando.

– Sí, mejor porque igual le sienta mal y pota o algo así– corroboró Dani.

– , ¿a pachas tú y yo?– le preguntó Roberto a su amigo.

– Vale. Dani pásate un cigarro– pidió.

Dani sacó el paquete de y le tendió un cigarro a Juan Cruz, otro a Roberto, otro a Laura y sacó uno para él. Antes de guardar el paquete Fernando le pidió uno. Dani se lo tendió y Juan Cruz le dio fuego. Juan Cruz se puso en pie para ir a mear. Fernando fue con él. Dani se sentó al lado de Roberto y se pusieron a hablar de Tere, una amiga de uno de los pueblos de al lado, Rosinos; Dani le dijo que le pareció verla en Santibáñez pero que no estaba seguro que fuera ella y que no la saludó, luego la volvió a ver y ahí sí que estaba seguro de que era ella pero tampoco la saludó porque estaba besándose con su novio y no quiso separarlos para saludarla. Juan Cruz y Fernando volvieron de mear y se sentaron al lado de Silvia. Juan Cruz le tendió el cigarro para que le diera unas caladas.

– Que yo no fumo– dijo Silvia.

– Pero si ayer fumaste conmigo un cigarro; anda toma no seas tonta.

– Déjala Juan Cruz, si no fuma– se metió Laura.

– Es que le da vergüenza, dale un tiro.

Al final Silvia acabó cogiendo el cigarro y dándole unas caladas.

– Ves como no le pasa nada; es que no quiere viciarse– dijo Juan Cruz.

– Pues sí, es eso– aseguró Silvia.

– Sí, que ya tiene mucho vicio con las etiquetas de los botellines– dijo Roberto. Todos rieron.

– Hala como te pasas, ¿no?– le recriminó Silvia.

– No, sólo lo justo– contestó éste.

Poco después se acababan los botellines. Cogieron la caja y metieron las botellas vacías en ella; esta vez las portadoras de la caja eran las dos chicas. A Silvia le empezó

a entrar mucho calor a causa de la bebida, hizo parar a Laura, dejaron la caja en el suelo y se quitó la sudadera y la dejó sobre la caja de botellines; Roberto hizo lo mismo con la suya y Juan Cruz también.

– Oye, que es muy pronto para irse a casa– dijo Roberto–. Nos quedamos todavía un poco por el o por el , ¿no?

– Sí, vamos al – confirmó Dani.

– Vamos al – dijo Juan Cruz demasiado contento por la bebida.

– Que dices tío, al ; estás tonto– le recriminó Laura.

– Eh! Sí, ¿por qué no?– le apoyó Roberto.

– A mí me da lo mismo– dijo Dani.

– Y a mí. Mientras volvamos prontountó Fernando.

– Que yo no voy al – volvió a decir Laura.

– Que sí tía, vamos un rato y nos volvemos– la animó Silvia.

– Que no.

– Pero si no está tan lejos– le dijo Roberto.

- Claro, como tú no te vas luego hasta Carracedo.
- Pues os acompañamos para que no vayáis solas- le dijo Dani.

- Venga vente anda, si lo estás deseando. Mira, ¿no te doy pena?- le dijo Roberto poniendo cara de perro abandonado, como solía hacerle ella a él cuando le quería pedir un favor.

- Venga vale, voy, pero a las tres, como muy tarde, nos vamos a casa. O al menos al pueblo.

- Pues vamos para allá entonces. ¿Dejamos la caja en el y se la llevamos mañana?- preguntó Roberto a Dani.

- Sí, o cuando volvamos del nos pasamos por aquí la cogemos y se la subimos.
- Vale.
- Acordaros que nos tenéis que acompañar a casa- le dijo Laura a Roberto.

- Tranquila gorda que no se nos ha olvidado. Por cierto te estás poniendo como una foca- le dijo Roberto de broma a Laura.
- Vete a tomar por el culo- le contestó ésta. - ¿Por qué?, si estás gorda admítelo.
- En serio piensas que estoy gorda- le preguntó Laura a Roberto.
- Sí, como una vaca.

- No le hagas caso, Laura tía, que estás muy bien- la defendió Silvia.

- No le hagas ni caso, lo que pasa que ella como está delgada y tú no, quiere comerte la cabeza, en el fondo es una buena amiga pero ni puto caso; tú adelgaza que vas a reventar- le dijo Roberto.
- Vete a la mierda.

- Pero si sabes que es una broma, no te pongas así- le dijo Roberto. Luego se acercó a ella y la cogió por los mofletes y le agitó la cabeza como suelen hacerles a los niños pequeños-. Con lo guapísima que es nuestra Lauri.

Tomaron el camino del y allí dejaron la caja botellines y luego por el camino de la llegaron al camino del . En cuanto pisaron la carretera Laura sacó el paquete de tabaco y se encendió un cigarro; ofreció uno a Dani, otro a Juan Cruz y otro a Roberto. Al momento ya estaban los cuatro fumando. Era una noche de luna nueva y la carretera no se veía y para colmo estaba nublado y no llegaba ni una pizca de luz de ningún sitio. La visibilidad estaba reducida a apenas unos metros por delante de ellos. Llegaron al puente sin ningún problema, excepto algún que otro tropezón en los baches del camino, que eran muy numerosos, y las risas y los comentarios de los demás. Juan Cruz se tuvo que parar a mear por el

camino; y unos metros más adelante se paró Roberto. Llegaron al camino que lleva a , donde la , y allí escucharon un ruido de pisadas unos metros por delante de ellos. Todos callaron para escuchar bien por si no era verdad lo que habían escuchado; pero siguieron escuchando los pasos.

– ¿Habéis oído eso?– preguntó Laura muerta de miedo.

– Sí– contestó Fernando– será alguien que está de paseo por aquí.

Pero ni Silvia ni Laura se quedaron muy convencidas. De pronto vieron delante de ellos otra vez una sombra como la que habían visto en la . Laura se quedó parada cuando la vio; el resto siguió a lo suyo caminando y recriminándole a Laura que iba muy despacio que se diera más prisa o no llegarían nunca. Pero Laura se negaba a seguir avanzando.

– No, yo no voy allí, esa es la sombra de antes, yo paso de ir.

– Que no es ningún fantasma, y si lo es el te defiende– le dijo Roberto.

– Tu madre la va a defender– protestó Juan Cruz.

– No, mi madre no está aquí para defenderla y tú sí.

– Que no, que yo no voy.

– Pues no te vas a quedar aquí tú sola. Además, vamos a ir todos. Ya verás como es alguien que está dando una vuelta. Venga vamos.

Al final, y a duras penas, la convencieron para que fuera con ellos. De pronto Dani comenzó a correr hacia el sin que nadie supiera porqué. Sus amigos lo llamaron, pero él no hizo caso ni dio ninguna explicación de porqué se iba. Todos corrieron detrás de él para que no le pasara nada. Dobló la curva del y lo perdieron de vista, al poco ellos también doblaron dicha curva y se encontraron con su amigo allí de pie mirando la fachada principal del edificio. Todos se acercaron a él.

– ¿Dani, por qué coño has salido corriendo?– preguntó Silvia.

– No lo sé. Sólo sé que oía una voz en mi cabeza que me decía que corriera hacia aquí.

– ¿Y la sombra?, ¿qué ha sido de ella?, ¿la has visto?, ¿quién era?– se apresuró a preguntar Fernando.

– No he visto nada ni a nadie.

– Eso es imposible, has tenido que verla por huecos– le dijo Roberto.

– Pues no he visto nada.

De pronto, sin darse cuenta, estaban mirando todos a la fachada principal del . Silvia fue la primera en darse cuenta que la sombra que habían visto antes estaba en el segundo piso, asomada a una de las ventanas. Sin saber la razón que los impulsaba a hacerlo todos entraron en el . Cuando estuvieron los seis dentro sonó el ruido de una gran puerta al cerrarse, una puerta tan grande como la del ; pero el llevaba sin puerta muchísimos

años.

Un día de invierno me fui con Miguel a Santibáñez a dar una vuelta por allí, ya que por San Pedro en invierno no hay nadie, excepto nosotros. Estuvimos en el tomando unas cervezas; luego Miguel se volvió al pueblo y yo me quedé allí, hablando con unos del instituto y no me fui hasta casi las nueve de la noche; iba en bicicleta. Llegando a unas granjas que hay en el camino empezó a llover, nunca pensé en pararme, si seguía no tardaría ni quince minutos en llegar a San Pedro, y allí ya podía ir al bar o a mi casa. Pero cada vez llovía más y más, tanto que cuando llegaba al casi no veía a dos metros por delante de mí, así que decidí pararme en el . Entré y la lluvia se hizo cada vez más intensa, creí que me tendría que quedar allí hasta que parara, que podría ser dentro de varios días, o tendría que salir de

allí con toda aquella lluvia y jugármela con la posibilidad de caerme y darme un buen golpe.

Sólo se oía el viento y el golpeo de la lluvia sobre el tejado (lo que queda de él) y sobre el suelo, pero no sé si fue por mi imaginación o pasó en realidad, el viento dejó de rugir y los golpes de la lluvia pararon un segundo. Fue el peor segundo de mi vida, porque aunque esos sonidos cesaron no hubo silencio, escuché un tremendo portazo, como de un portón enorme y otros más pequeños como de ventanas. Venían del edificio, pero allí no hay puertas y las ventanas están tan rotas que no sería posible que emitieran ese ruido. Yo no me quedé a comprobar lo que había sonado, y salí corriendo con la bici como alma que lleva el diablo. Aunque en un principio el miedo no me dejó mover, luego fue lo que me dio fuerzas para huir. Por si acaso yo ya nunca vuelvo solo de Santibáñez, no he vuelto a parar ahí por la noche y menos si llueve. Cada vez que lo recuerdo se me pone piel de pollo.

Todos se sobresaltaron al oír el golpe; nadie sabía de dónde había salido pero enseguida se hicieron especulaciones al respecto. Juan Cruz dijo que había sido alguna madera o piedra o algo por el estilo que se había caído. Dani pensó que eran Manolo, Miguel y los demás que habían ido al , que se fueron hasta allí y que al verlos decidieron gastarles una pequeña broma. Fernando apoyó a Dani y decidió ir a buscarlos. Roberto dijo que no eran ellos porque si no hubieran oído más ruido, risas o algo por el estilo. Laura le dio la razón. Dani, Juan Cruz y Fernando subieron al piso de arriba en busca de los demás para devolverles la broma pero con alguna que otra colleja; Roberto se negó y dijo que él no se movía de allí. Laura y Silvia decidieron meterse en alguna de las habitaciones para leer las firmas y firmar si encontraban un trozo de tabla y lo quemaban con el

mechero.

Cuando se quedó solo, Roberto se encendió un cigarro y comenzó a andar por la entrada en pequeños paseos de ida y vuelta. En uno de ellos que lo alejaban de la puerta y lo acercaban al patio interior vio un grupo de sombras como la que habían visto antes dirigiéndose hacia la capilla que allí se encontraba; un lejano sonido de campanas repicando llegó a sus oídos. Movido por la curiosidad se acercó a la capilla. Las sombras venían de la nada y se metían por la pequeña puerta. Cuando estuvo a dos pasos pudo distinguir una forma humana cubierta por una especie de manto gigante como el que usan los frailes o las monjas, con su capuchón, que les cubría de pies a cabeza. No le podía ver la cara a ninguna de las sombras ya que llevaban todas echado

el capuchón. Le dio las últimas caladas al cigarro y se acercó aún más a la puerta de la capilla que estaba custodiada por una de las siluetas.

No sabía por qué, pero había una fuerza extraña que le obligaba a acercarse cada vez más a la puerta, y a traspasarla. Miró hacia el interior; lo que vio se le quedó grabado en sus retinas para resto de su vida. Cerca de unas cien sombras allí metidas arrodillas con las manos juntas a la altura del pecho en posición de rezo y emitiendo un murmullo inaudible.

– Pasa. Sólo aquí estaremos a salvo– le dijo la sombra con una voz que parecía que venía de más allá de la nada; a la vez que con una mano (o lo que hubiese debajo de aquel vestido raro) le señalaba el edificio principal del .

Roberto se giró muy lentamente sin ni siquiera imaginar lo que iba a ver y pensando en que todo era un mal sueño. Eso era, una pesadilla causada por los que se había tomado; había vuelto a casa se había acostado y estaba soñando. Al girarse vio la parte principal ardiendo, gritos de angustia y dolor provenían del interior; ¿serían de sus amigos? Intentó correr hacia allí pero no pudo, una fuerza lo retenía en la entrada a la capilla.

– No puedes hacer nada por ellos; sólo rezar por sus almas. Que cada cual lllore a sus muertos.

Nosotros íbamos una noche a Santibáñez andando; iba con mi hermana, los y los de Carracedo. Como es costumbre en nosotros íbamos tomándonos unos litros de calimocho y al pasar por el vimos salir el resplandor de una hoguera de una de las ventanas del piso superior, pensamos que sería alguien que había ido allí con la novia a o los pequeños que iban a escribir en las paredes y estaban haciendo para hacerlo; así que no le dimos mayor importancia y continuamos con

nuestro camino.

A la vuelta (siete horas después), al llegar al volvimos a ver el resplandor de antes en la misma ventana. Esta vez ninguno hizo el mínimo comentario y todos seguimos nuestro camino sin sacar conclusiones. Aunque nadie dijo nada todos pensábamos en lo que acabábamos de ver y nos moríamos de ganas de comentarlo y volver a ver qué era lo que pasaba pero no lo hicimos. Al menos esa noche. A la tarde siguiente fuimos mi primo, los dos y yo a Santibáñez y nos paramos allí a ver la hoguera de la noche anterior. Subimos y fuimos a la habitación de cuya ventana salía

el resplandor la noche anterior pero no hallamos la hoguera y lo que es más sorprendente aún, no había resto de cenizas, ni carbonillos, ni de nada. Según lo que vimos ese día, la hoguera de la noche anterior no había existido nunca, nos la habíamos inventado. Cuando se lo contamos a los demás del grupo no nos creyeron y tuvieron que ir a verlo ellos mismos. A otra gente que no estaba con nosotros esa noche y se lo contamos tampoco nos cree. Pero tanto yo, como los que iban conmigo sabemos lo que vimos y que no lo imaginamos.

Laura y Silvia estaban en busca de un trozo de madera para quemarlo y pintar sobre alguna pared. Cuando lo encontraron se dieron cuenta que no tenían mechero. Pensaron en pedirselo a Roberto, ya que era el que más cerca estaba de ellas. Salieron de la habitación en la que se encontraban y llegaron al pasillo; al final del mismo vieron a Roberto paseando. Silvia le llamo pero no la oía; entonces decidieron acercarse. Cuando comenzaron a andar vieron que Roberto salía hacia la parte de atrás; Silvia volvió a gritar su nombre pero él seguía sin oírla.

De pronto, una vela tras ellas iluminó el pasillo y se escuchó una puerta cerrarse. El pasillo en el que estaban no era el mismo en que habían estado apenas unos minutos antes. Era un pasillo relativamente nuevo en comparación con el otro, con las paredes enteras y sin pintadas. Cuando se dieron cuenta, se giraron a ver de dónde venía la luz que las iluminaba. Según giraban sobre sus talones una voz les dio una orden.

– Ssshhh!!! No sabéis que está prohibido chillar a estas horas de la noche– lo que iluminaba el pasillo era una vela y lo que la sujetaba era la sombra que habían visto en la y poco antes de llegar allí. Iba vestida con un hábito de monje ermitaño o algo por el estilo. Le cubría de arriba abajo y para rematar, una enorme capucha le tapaba la cabeza y la cara. Las dos chicas no podían ver nada del cuerpo de aquel personaje, el hábito lo tapaba todo.

¿Dónde estaban?, ¿cómo habían llegado allí?, ¿quién era aquel tipo? Eran tantas las preguntas que se agolpaban en la cabeza de Laura que le empezó a doler intensamente; en ella daban vueltas los botellines de

cerveza, los cigarros, una sombra, un ruido de una puerta y una vela; los botellines de cerveza, los cigarros, una sombra, un ruido de una puerta y una vela. Así una y otra y otra vez. Laura miró a Silvia y la vio acucillada en el suelo llorando con la cara entre las manos. La llamó; cuando levantó la cabeza estaba pálida como un muerto y con unas ojeras increíbles. ¿Cómo era posible que estuviera tan pálida y con esas ojeras?, ¿cuánto tiempo habría estado llorando?

Laura miró su reloj y vio que se encontraba parado en las 18:07 del día 31 de Mayo. ¿Cómo era posible? Le última vez que lo miró eran las 0:10 de una madrugada de jueves a viernes de Agosto del año 2001.
– Silvia. Silvia– llamó a su prima–. ¿Estás bien?

Silvia miró a los ojos de Laura. ¿Por qué estaba tan tranquila?, ¿acaso no había visto lo que ella? Pero era imposible que no lo hubiera visto, si ocurrió delante de sus narices. Además, llevaba cerca de dos horas (por lo que pudo calcular ya que su reloj no funcionaba) sin moverse siquiera desde que sucediera aquello. No quería ni pensar en eso. Por Dios Santo, nunca había visto nada más horrible y ojalá nunca lo hubiera tenido que ver. Por un instante pensó que las siguientes serían ellas, pero el personaje del manto desapareció tan misteriosamente como había llegado. – Silvia dime algo. Me estás asustando. – Silvia, por favor dime algo. Socorro. Fernando. Dani. ¡¡Socorro!!

–

Laura estaba llorando a la vez que zarandeaba a Silvia para que la hablara. De pronto Silvia abrió la boca muy despacio. Iba a decirle algo. –pensó Laura. Pero de su boca no salió ningún tipo de sonido legible, si no una especie de gorjeo y una bocanada de sangre. Las dos se quedaron atónitas.

Fernando, Dani y Juan Cruz estaban subiendo al piso de arriba con mucho cuidado porque las escaleras eran una trampa mortal. Faltaban varios peldaños y los que había no eran muy seguros que digamos. Cuando llegaron al descansillo, escucharon unas risas y unos pasos. Pensaron que eran los que estaban buscando y apretaron el paso para cogerlos cuanto antes y devolverles el susto. Llegaron a la segunda planta y, primero registraron la zona de la derecha según subían porque era la más cercana, y si estaban por allí los cogerían y si estaban en el otro lado tendrían la salida vigilada, sin embargo, si empezaban por la otra zona y estaban a la derecha se podían escapar.

En aquellas dos habitaciones no había nadie, así que pasaron a la zona izquierda. En la habitación central (que era la más grande) tampoco estaban. Miraron en las otras, pero allí tampoco estaban. No se percataron

de que la pared de la última habitación estaba en su lugar y no derruida como debía de estar, porque hacía varias décadas que se

había caído. Se dieron la vuelta y entraron en una habitación, que realmente no era tal sino que era la entrada a otras escaleras que daban a la buhardilla. Esas escaleras estaban en mejor estado que las que llevaban del bajo al primero; ¿cómo era posible?, quizás porque casi nadie subía allí arriba y sí a la primera planta. De nuevo volvieron a escuchar risas.
– Estos cabrones están arriba– les dijo Fernando a sus dos amigos.
– Pues vamos– apoyó Dani.

– Yo no subo ahí ni de coña. Yo me vuelvo abajo con estos u os espero aquí pero yo ahí no subo. Está lleno de mierda– se echó atrás Juan Cruz.
– Como quieras. Fer, vamos.

Dani y Fernando subieron con mucho cuidado porque, aunque la escalera estaba en buenas condiciones, sonaba mucho a podrido. Llegaron arriba, abrieron otra puerta y echaron un ojo al panorama que se divisaba desde su posición; apenas se veía unos pasos por delante de ellos y sólo se distinguían siluetas de objetos. Un infernal olor llegó a su pituitaria. Dani, que iba el primero, se tuvo que girar y estuvo a punto de vomitar del asco que le dio aquel olor. Fernando miró con curiosidad la razón por la cual su amigo había estado a punto de vomitar. Ante ellos y por todo el suelo se extendían cabezas y entrañas de animales e incluso, podría haber restos humanos. Al fondo se distinguía una gran silueta que emitía unos extraños gruñidos como si estuviera...

– Joder, Dani, que se lo está comiendo– aseguró Fernando con el vómito a dos pasos de salir despedido de su boca.

La figura emitió otro de sus gruñidos y salió corriendo hacia ellos. Ambos se giraron para huir pero varias sombras como las que habían visto en el campo del fútbol o por el camino custodiaban la puerta de entrada a la buhardilla.

Pues nosotros íbamos un día a Santibáñez, era un día de diario por la noche, así que iríamos y volveríamos a pata porque en día de diario no sale nadie, o casi nadie, del pueblo. A nosotros siempre nos ha dado mucho cague el y sobre todo de noche; siempre hemos hecho bromas sobre que nos iba a salir alguien de allí o que había algo escondido y que nos iba a atacar. Chorradas de ese estilo y siempre comentábamos lo que le sucedió a Rubén, lo del fuego en la ventana, cuando estábamos cerca. Aquella noche era una noche clara, sin nubes ni viento. Al llegar a la altura del

comenzamos a oír un extraño ulular. Roberto me preguntó a ver si había oído algo. Yo le ignoré y seguí hablando porque iba muerto de miedo; él había oído algo, y yo también. Claro que lo había oído. No volvimos a hablar del tema en toda la noche. A la vuelta volvimos a oír el mismo ruido y a la misma altura. Roberto volvió a preguntarme a ver si había oído algo, yo volví a ignorarle. me dijo Yo le dije que siguiéramos andando. Al cabo de unos minutos hablamos del tema; le dije que a la ida también lo había escuchado pero que no quería hablar de ello porque me daba cague. Roberto me dijo que a él también le daba miedo. Hablando y hablando llegamos a la conclusión de que era el viento a través de las ventanas. ¡Pero qué coño!, aquello no era el viento, pero si esa noche no hacía viento. Dijimos aquello para evitar el miedo al volver a pasar por allí.

Juan Cruz comenzó a dar paseos por la habitación más grande del primer piso. En uno de los paseos llegó hasta la ventana que daba al patio interior y vio a Roberto acercarse a la capilla que allí se encontraba; lo llamó un par de veces pero éste no le oía. Decidió seguir con sus paseos hasta que bajaran Fernando y Dani de allí arriba. No entendía cómo podían estar tanto tiempo allá arriba si no había nada; él había subido con su hermana y una amiga unos meses antes y sólo había polvo y suciedad.

En otro de sus paseos se encontró de frente a la ventana que daba a la calle. Vio (o le pareció ver) un grupo de personas agrupadas en torno al . Decidió asomarse y, en efecto, el estaba custodiado por un ejército de monjes. Mejor dicho, eran un grupo de mantos con forma humana, porque lo único que se distinguía eran los mantos; no se veía una pizca de humanidad. Todos ellos estaban dispuestos en forma de círculo alrededor del edificio y con una antorcha de la altura de un hombre en la mano izquierda y otro objeto en la derecha; ¿qué era?, ¿un rosario? Podría ser.

Otra bocanada de sangre salió de la boca de Silvia cuando intentó gritar de... ¿dolor? De la boca de Laura sí que salió un grito de horror ante aquella visión. De nuevo el monje salió de su cuarto con la vela en la mano.

– ¿No os he dicho ya que no se puede gritar a estas horas de la noche? ¿Quieres que te cortemos la lengua como a tu amiga?

La lengua. Le habían cortado la lengua a Silvia por gritar. Pero... ¿cuándo?, si ella no lo había visto y había estado allí en todo momento. ¿O no? A Silvia le cuadraban las cosas menos que a Laura; ¿cómo le habían podido cortar la lengua sin que se

enterase? Ella había visto como cuando salió el monje, cogió a un gato y le arrancó, primero, la lengua y luego las cuatro patas dejando como

resultado un amasijo de pelo y sangre realmente asqueroso, por eso se había puesto a llorar. Pero de ahí a que le hubieran cortado la lengua. ¿Acaso habrían hecho una especie de embrujo a través del gato para que lo sufriera ella?; si era así entonces ¿por qué aún conservaba los brazos y las piernas?

Roberto comenzó a correr hacia la parte en llamas pero la sombra que le había hablado, junto con otras seis, se interpusieron en su camino y le cortaron el camino. Intentó rodearlos, pero la velocidad a la que se movían era tal que le fue imposible; aquella velocidad era superior a la de cualquier ser vivo conocido. También optó por empujarlos y seguir corriendo a ayudar a sus amigos; al fin y al cabo el casi los obligó a ir allí aunque casi nadie quería. El empujón no dio resultado y la barrera de monjes apenas se inmutó.

– Acompáñanos a rezar, sólo así podrás salvar tu alma y la suya– le dijo otro monje. O quizá era el mismo, eran todos iguales, imposibles de diferenciarse uno de otro.

– No, no quiero ir con vosotros a ningún sitio. Hijos de puta, dejadme en paz. Quiero volver con mis amigos– clamó Roberto.

– Está prohibido gritar. Al que grita se le corta la lengua– le informó un monje. ¿El mismo u otro? No importaba, él lo que quería era irse de allí, despertar de ese mal sueño.

Sin saber cómo ni por qué, se vio metido en la capilla, de rodillas rezando oraciones que ni siquiera conocía. Para colmo, llevaba puesto un manto como aquel grupo de fanticos. De pronto, el silencio se hizo en la sala y un ser con un manto de otro color y visiblemente más lujoso entró en la estancia. Probablemente fuera el jefe de aquella panda de locos; en las películas siempre pasaba eso, el que más destacaba por su indumentaria era el jefe. Y así era allí también. El jefe levantó las manos y todos hicieron lo mismo.

– Levantemos las manos hacia el – gritó un monje. Todos, que hacían lo que se les había ordenado, repitieron una oración del rezo anterior.

Roberto también la repitió como todos, sin saber porqué; también, sin saber porqué, había levantado las manos hacia el . Al poco de estar allí con todos aquellos fanáticos, el recibió un animal (parecía un gato) vivo que él mismo se

encargó de matar arrancándole las patas y la cola, luego le retorció el cuerpo hasta que le dio una vuelta entera (el desgraciado animal crujió como si de una rama seca se tratase) y para finalizar, le aplastó la cabeza con una sola mano cerrándola sobre sí misma. Aquel espectáculo fue horrible; a Roberto le dieron ganas de vomitar pero no consiguió hacerlo.

– Como sabéis, hoy tenemos un nuevo hermano en nuestra hermandad. Hermano bienvenido a nuestra reunión– dijo el .

Todos se giraron hacia Roberto y le dieron la bienvenida como hermano . Roberto, en un principio no sabía que se referían a él; él estaba allí porque le habían llevado a la fuerza. De ahí a unirse a ellos había un gran trecho que no pensaba recorrer nunca. Él sólo quería salir de allí con sus amigos; nada más, ¿acaso era tan difícil lo que pedía?

– Socorro. Esa fiera nos quiere atacar– les dijo Fernando a los monjes que estaban allí.

– Está prohibido subir a la buhardilla. ¿Cómo habéis conseguido la llave del candado?– preguntó uno de los cuatro monjes.

– ¿Qué candado?– preguntó atónito Dani.

– No te hagas el tonto– le dijo otro monje–. La buhardilla está cerrada con candado para que nadie pueda entrar ni salir.

– Para que no pueda salir esa cosa querrá decir ¿verdad?– interrumpió Fernando. El monje le soltó una bofetada que tiró a Fernando al suelo. A Dani no le pareció que el golpe hubiera sido tan fuerte como para tirar a su amigo, pero no podía asegurar nada. Entre los cuatro monjes cogieron a los dos amigos y los bajaron de allí.

– Esto lo vais a pagar caro– les dijo un monje a la vez que cerraba un antiguo candado que atrancaba la puerta que daba a las escaleras.

Dicha puerta no existía cuando ellos subieron, como tampoco existía el candado. ¿Qué estaba sucediendo allí? Aquel lugar donde se encontraban no era el ; al menos no el que ellos conocían. Sus paredes estaban en perfecto estado y en cada habitación había una puerta y tenía las cuatro paredes y el techo. Era como si hubieran vuelto al pasado, pero eso era imposible. Nadie podía hacer viajes en el tiempo; y menos espontáneamente, como ellos. – pensó Dani, pero si no era así, ¿qué les habría pasado a sus amigos? Los llevaron a la sala principal del segundo piso, donde se había quedado Juan Cruz. Pero ahora no estaba allí; ¿lo

habrían atrapado a él también?, ¿habría huido a tiempo? Ojalá fuera así, y que volviera con gente suficiente y los pudieran sacar de allí a todos a salvo.

Juan Cruz había ido al piso de abajo por unas escaleras en perfectas condiciones. De pronto las cochambrosas escaleras del se habían convertido en las mismas escaleras pero nuevas. La planta baja también había sido remodelada. Escuchó un ruido bajo las escaleras; allí se encontraba la cocina. Abrió la puerta y se introdujo en ella. No se veía nada. El ruido del pasador de la puerta le alertó de que alguien iba a

entrar, al verse acorralado se escondió en un armario que allí había. Un monje entró en la cocina y cogió un trozo de pan que se encontraba en la encimera. En el instante en el que el monje se disponía a abandonar la cocina un gato se cruzó delante de él. Desde su escondite en el armario Juan Cruz pudo ver como el monje cogía al gato y primero le aplastaba la cabeza sobre la pared y luego lo despellejaba y lo colgaba bocabajo de las patas traseras para que se aireara, como los conejos.

– Tú servirás para la cena de mañana– le dijo el monje al gato. Luego soltó una carcajada antes de salir.

Pocos minutos después salió Juan Cruz, primero del armario y luego de la cocina. Miró hacia la entrada principal y se hallaba cerrada por una gran puerta. Su cierre debía de haber sido el golpe sordo que escucharon al entrar y atribuyeron a los que se habían ido al . Se dio la vuelta y vio la capilla del patio iluminada, con un monje custodiando la entrada; unos lejanos rezos le llegaron desde allí. Decidió acercarse porque hacia allí había visto que iba su amigo Roberto.

El monje que había golpeado a Fernando se encaminó hacia la escalera que bajaba a la planta baja, donde supuestamente estaban Laura, Silvia y Roberto. Tenían que avisarlos como fuera. Ahora sólo estaban tres monjes custodiándolos, era su oportunidad de librarse de ellos, buscar a sus amigos y huir de allí para siempre. Conventiconsó Dani. Fernando estaba con un solo monje y Dani con dos. Se miraron a los ojos y sin decirse nada ya sabían lo que pensaba el otro. Ambos empujaron a sus captores con todas sus fuerzas; estos apenas se movieron pero Fernando y Dani consiguieron librarse de las ataduras de aquellos fuertes brazos y bajar por las escaleras.

– Alarma, alarma. Intrusos. Intrusos en la escalera– gritó uno de los monjes que se habían quedado custodiando a los dos amigos.

A los gritos le siguió una salida masiva de monjes de las habitaciones. Todos con el manto y con una vela en la mano. Cuando Fernando y Dani acabaron de bajar las escaleras un grupo de monjes los esperaba. Intentaron dar la vuelta para volver a subir y, aunque fuera, saltar por la ventana pero por detrás también les habían cerrado el paso. Estaban rodeados, no tenían escapatoria, no podían enfrentarse a tanta gente ellos dos solos. Sin darles tiempo a nada, varios monjes se les echaron encima y los ataron con cuerdas gruesas. -pensó Dani. Los bajaron a la planta baja y allí los encerraron en una habitación del fondo del lado derecho según se entra al edificio; la habitación daba directamente al patio del .

La habitación no tenía absolutamente nada, ni una mesa ni una silla ni una cama; nada de nada. En la pared que daba a la calle había una

ventana pero estaba rejada y, además, en la calle había muchos monjes haciendo guardia alrededor del . Nunca lograrían escapar de allí sin ayuda de sus amigos. A no ser que sus amigos estuvieran también en su misma situación – Aquí os quedaréis hasta que el decida qué hacer con vosotros– comentó el monje que había pegado a Fernando (o era otro monje, la verdad es que eran todos iguales y no sabrían diferenciarlos).

El ; ¿quién sería el ? A Fernando aquello le recordó a las películas y series donde sale una secta satánica que tiene un líder y que sacrifica vírgenes a su Dios. ¡¿Vírgenes?! Fernando miró a Dani y gritó:

– Laura y Silvia están en peligro. Espero equivocarme pero es probable que las sacrifiquen.

– ¿Qué?– le preguntó Dani extrañado.

Entonces Fernando le contó lo que pensaba que podía ocurrir.

Laura y Silvia se encontraban en la habitación de enfrente a Dani y Fernando pero ni pudieron ver que los metían allí ni podían oírlos. Silvia seguía pensando en cómo les podía haber pasado aquello. Todo por culpa de Roberto, Dani y Juan Cruz. Aunque la culpa también había sido suya por hacerlos caso; ya eran mayorcitas para tomar sus decisiones y habían tomado la decisión de ir con ellos. De pronto comenzó a llorar. ¿Por qué ellos? ¿Qué habían hecho para merecer tal castigo? ¿Qué habría sido de sus amigos? ¿Estarían a salvo? Ojalá que sí.

Laura intentó consolar a Silvia sin resultado positivo. ¿Cómo podía consolar a una persona a la que le habían cortado la lengua? Pero como lo habrían hecho sin que

ella los viera; la habrían dormido o algo así y por eso no los vio torturar a su prima. Posiblemente le dio un al ver al monje con la vela y se quedó allí varias horas sin enterarse de lo que pasaba. Pero Silvia también se había mostrado sorprendida al emitir el vómito de sangre cuando quiso hablar. ¿Qué coño estaba sucediendo allí? Daría lo que fuera por estar en su casa durmiendo y no allí. ¿Por qué no se habían ido a casa y habían dejado que los chicos se hubieran ido a Santibáñez como querían?

Juan Cruz iba de camino hacia la capilla cuando escuchó una voz de alarma que venía de la parte principal, la que él acababa de abandonar. Se giró y vio mucho movimiento en dicho edificio, se dio la vuelta de nuevo y vio salir a algunos monjes de la capilla. Al verse en peligro decidió esconderse y el mejor sitio que encontró para hacerlo fueron unas matas de tomates que se encontraban a su derecha. Desde allí podía observar a los monjes que habían salido de la capilla pero ellos no lo

verían a él.

Antes de llegar al edificio principal se dieron la vuelta y volvieron a la capilla. Mientras que los monjes habían ido hacia la parte principal los rezos no habían cesado; incluso se habían incrementado. ¿Por qué rezarían a aquellas horas de la noche? Sin duda este era el sueño más raro que había tenido nunca.

Roberto seguía rezando, sin saber porqué, cuando la voz de alarma se escuchó dentro de la capilla. ¿A que vendrían esos gritos?; ¿podría ser que sus amigos se hallasen en peligro?; pero... ¿quiénes eran sus amigos?

El se puso en pie (desde que presentó a Roberto a la gran hermandad había estado sentado) para recibir a un monje que se había acercado a él. El monje le dijo algo al oído y el lo anunció al resto de los monjes que se hallaban allí.

– Me acaban de informar que unos intrusos han entrado en nuestro recinto y han alborotado a la comunidad. Por suerte ya los hemos capturado. También quiero anunciar que mañana es el día de nuestra Gran Fiesta. Sacrificaremos a una virgen al .

Todos los monjes emitieron una oración de agradecimiento al .

Roberto también emitió dicha oración. De pronto se fijó de nuevo en que iba vestido de pies a cabeza con el manto que llevaban los monjes. ¿Cómo era posible que tuviera el manto aquel si él no se lo había puesto? Estaban pasando unas cosas muy raras; y encima al día siguiente iban a sacrificar a una virgen. Esos tipos eran unos

asesinos a la antigua usanza, con la excusa de su Dios violan y matan a niñas y jóvenes inocentes cuyo único pecado era ser virgen.

– Y como bienvenida, el maestro de ceremonias de mañana será el hermano – anunció el .

Al rato, todos los monjes del se retiraron a sus habitaciones, tanto los de la capilla como los del edificio principal. Roberto se retiró con ellos a una habitación cercana a la cocina. ¿Cómo era posible que entraran tantos monjes en un sitio tan pequeño como era el ? Antes de quedarse dormido por la mente de Roberto pasaron muchas preguntas; algunas de ellas ya se le habían pasado antes por la cabeza pero otras no. Una de las más importantes fue ¿cómo era posible que el estuviera en perfectas condiciones si él mismo había visto hace unas pocas horas como ardía? Dándole vueltas a esa pregunta en su cabeza se quedó dormido.

Un día del verano del noventa y ocho estábamos Rober y yo en el parque de Santibáñez esperando a que fueran las seis de la tarde para llamar a una chica de otro pueblo que llegaba a su casa a esa hora. Estábamos en un banco cuando llegó un viejo y nos preguntó la hora; cuando se la dijimos empezó, como la mayoría de los viejos, a preguntarnos a ver de dónde éramos. Le dijimos que de San Pedro de la Viña y nos preguntó que de quién éramos y nosotros le dijimos el nombre de nuestros padres y luego de nuestros abuelos. A mí me dijo que conocía a mi abuelo y que en su despedida de soltero le había dado un ataque epiléptico (dijo que un ataque, no dijo de qué, pero mi abuelo era epiléptico y por eso imagino que sería un ataque epiléptico); también nos dijo que él antes vivía en nuestro pueblo pero que la gente no le quería y le echaron ,y no le quedó más remedio que irse a vivir al y allí pasó muchos años.

Nos estuvo contando historias durante casi cuarenta minutos; Rober y yo estábamos subiéndonos por las paredes, teníamos que irnos a llamar a la chica esta y el viejo seguía rajando sobre su vida en la legión y demás. En cuanto pudimos nos fuimos de allí cagando leches. Esa noche le pregunté a mi madre a ver quién era el viejo ese, y me contó que se llamaba Andrés, que todo el mundo le conocía por Andrés el del , que sí que conocía a mi abuelo y que se tuvo que ir del pueblo porque nadie lo soportaba de lo cabrón que era.

Juan Cruz siguió escondido durante mucho tiempo. Horas; quizá era posible que llevara allí un día. Tenía mucha hambre. De pronto, se dio cuenta que estaba escondido cerca de unas tomateras, así que decidió que podía comer algún tomate. Cuando se acercó a la planta para coger uno de sus frutos, ésta se mostró ante sus ojos como una planta podrida y sin vida, con arañas y gusanos.

Le dio tanto asco que retrocedió un par de pasos y casi cayó al suelo al pisar el terreno en malas condiciones donde se encontraba. Se quedó parado a ver si venía alguno de los monjes que lo hubiera oído trastabillar; pero nadie se acercó por allí.

De pronto reparó en una cosa muy curiosa y espantosa a la vez: en todo el tiempo que llevaba allí escondido no había visto ni un solo rayo de sol; a él le había parecido que llevaba allí casi un día y ni un rayo de sol había aparecido en el cielo. – pensó–; No había sol, la realidad no era tal como la concebían sus ojos, sus amigos habían desaparecido, unos extraños monjes habitaban lo que un día él conoció como el .

Durante aquella noche, tanto Laura como Silvia no consiguieron pegar ojo. Laura lo intentó en un par de ocasiones, pero cuando estaba a punto de

conseguirlo una extraña imagen acudía a su mente y la arrancaba de los brazos de Morfeo. En aquella aterradoramente imagen se podía ver a sí misma tumbada boca arriba en una especie de cama de madera, vestida de blanco y con muchas velas alrededor. Podía oír voces pero no era capaz de averiguar de dónde venían. De pronto, frente a ella veía uno de los monjes con un cuchillo muy raro, con curvas; el monje levantaba el cuchillo por encima de su cabeza. Cuando se disponía a bajarlo, tras la orden de otro monje que vestía de forma distinta a los demás, la capucha se apartaba y le dejaba ver el rostro de su ejecutor. Ese rostro no era otro que el de Roberto; pero no el del Roberto que ella conocía, si no que era el rostro de un ser que parecía que hubiera muerto hacía mucho tiempo, aún conservaba algunos rasgos de su amigo pero no era él, era como un zombi, como si se estuviera descomponiendo. Cuando veía la cara de aquel monstruo que se parecía a Roberto era cuando despertaba.

Silvia no intentó siquiera dormir, pero en su mente también aparecía una pesadilla; aparecía el momento en el que el monje le arrancaba la lengua al gato. Esa imagen se repetía una y otra vez en su imaginación y no la dejaba pensar en otra cosa. Tenía miedo, no ya por lo que le pudiera pasar a ella, si no por lo que le pudiera pasar a Laura o al resto de sus amigos. Al final cayó rendida.

Roberto fue despertado en mitad de la oscuridad para el rezo silencioso en su cuarto con sus compañeros. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? Por una parte le habían parecido simplemente unas horas, pero por otra, le parecía que casi hacía un día. En el exterior era noche cerrada aún, así que no debería de haber estado mucho tiempo durmiendo. Cuando acabaron el rezo le dejaron que volviera a dormir mientras el resto se dedicaba a otras labores. Pasadas unas horas le llevaron una bandeja con comida de la que dio cuenta en poco tiempo ya que estaba hambriento. De nuevo le dejaron volver a dormir cuando acabó con el contenido de la bandeja.

– Descansa hermano ; dentro de unas horas tendrás que realizar una difícil tarea– le aconsejó el monje que le había llevado la comida, justo cuando Roberto se sumergía en un placentero sueño.

En ese sueño estaba él caminando por un bosque que no conocía, y muchas cosas bellas flotaban a su alrededor: mariposas, aves, polen... Era una bonita tarde de primavera y él era feliz. Iba con otras personas pero su rostro no se mostraba claro, sólo podía distinguir que eran dos chicas y tres chicos. Al llegar a un claro del bosque, el dulce sueño se tornó en una horrible pesadilla. Las personas que iban a su lado se deshacían y se iban cayendo a pedazos a cada paso que daban. El cielo azul se tornaba en un cielo negro lleno de nubarrones, se avecinaba tormenta y varios rayos y truenos hicieron su aparición. Aquel bosque tan hermoso por el que iba paseando se convirtió en un lugar desolador, lleno de árboles muertos

unos, y quemados hasta casi la raíz otros. De entre los truenos surgía una terrible figura que tampoco podía identificar, pero tan sólo de verla se le helaba la sangre.

Entonces despertó sobresaltado. El estaba al lado de su catre cuando abrió los ojos.

– Venía a despertarte pero veo que no hace falta– le dijo con aquella voz de ultratumba característica de todos aquellos monjes, pero más marcada en aquel personaje líder.

Fernando y Dani tampoco durmieron nada. Fernando le contó a Dani que era posible que Silvia y Laura estuvieran en peligro; podrían ser sacrificadas si lo que pensaba Fernando era cierto, así que estuvieron pensando en la forma de salir de allí, encontrar a Juan Cruz y a Roberto y salvar a las dos chicas del sacrificio.

Dani le propuso a Fernando que podían empezar a hacer un agujero en aquella débil pared de adobe y salir a escondidas para buscar a los demás. Fernando estaba de acuerdo con la idea de su amigo, así que buscó por la habitación algún utensilio para comenzar a hacer el boquete pero no encontró nada. Al no encontrar nada se empezó a frustrar y a maldecir. Sin embargo, Dani le propuso que le ayudara a arrancar un tablón del suelo. Con él comenzaron a hacer el agujero de huida.

Tras una hora dándole vueltas a la madera sobre la pared, para iniciar el agujero sin hacer ruido, se les rompió la tabla.

– Me cago en la puta– exclamó Dani–. Todo lo malo nos tiene que pasar a nosotros y encima hoy.

– Tranquilo, vamos a coger otro, si por tablas no será– lo tranquilizó Fernando. Cogieron otra tabla y continuaron con su labor pero esta vez sin tanto cuidado como antes. Corrían el riesgo de que sus captores los pillaran con las manos en la masa y que los pudiesen matar, pero... ¿qué otra cosa podían hacer si realmente Laura y Silvia corrían peligro?

Acabaron el agujero poco antes de que el fuera a despertar a Roberto para la ceremonia de ofrecimiento de la virgen al . Salieron de aquella habitación, que era su cárcel, y se escondieron en el patio del . Aún estaba oscuro; ¿todavía no había amanecido o había vuelto a oscurecer? ¿Cuánto tiempo llevaban allí encerrados? No sabrían decirlo, pero no el suficiente para que hubiera vuelto a oscurecer ni tan poco que no hubiera amanecido todavía. ¿Acaso en aquel lugar demoníaco el sol no salía? Eso era prácticamente imposible. Aprovecharon aquella oscuridad para deslizarse sin que nadie los viese hacia unos árboles muy frondosos que se hallaban en aquel patio (y que también estaban en el que ellos

conocían). Pero no fueron tan cuidadosos como ellos pensaban y alguien los vio ir hacia los árboles.

Unos monjes entraron a buscar a Laura a la vez que el despertaba a Roberto. Ésta, al ver que se la querían llevar comenzó a gritar con todas sus fuerzas y a revolverse contra ellos pero eran más y mucho más fuertes que ella; esto era lo que los monjes habían imaginado y por eso fueron cuatro y llevaron unas cuerdas y una mordaza. Ataron y amordazaron a Laura mientras Silvia estaba tendida en el suelo sin hacer el mínimo movimiento. Los monjes sacaron a Laura del cuarto y se la llevaron a la capilla. Cuando llegaron no había nadie allí. La cogieron y, con las mismas cuerdas

que la llevaban atada, la amarraron a una especie de camastro con los brazos y las piernas extendidos y abiertos, como una gigante. Luego le arrancaron las ropas que llevaba y le pusieron una gran túnica blanca que la cubría entera. Cuando acabaron de prepararla, empezaron a colocar velas a su alrededor. Ella había visto aquello o algo parecido en algún sitio; pero no recordaba donde.

Un monje se quedó custodiándola. Laura estuvo llorando desde la noche anterior, si seguía así se iba a deshidratar ya que no había bebido nada desde la última cerveza; tampoco había comido y su estómago llevaba algunas horas quejándose de la falta de alimentos. Por otra parte, se puso a pensar en que le iban a hacer, ¿por qué la habían llevado allí, la habían atado y amordazado?, ¿la irían a violar?, pero si hubieran querido violarla ya lo habrían hecho; y a Silvia también. Y Silvia, ¿por qué no estaba allí con ella?, ¿por qué no se había movido cuando fueron a recogerla a ella? De nuevo miles de preguntas se amontonaron en la cabeza de la chica.

Mientras, Silvia seguía tirada en el suelo sin realizar ni un solo movimiento. Algunos monjes entraron en la habitación y la sacaron de allí. Silvia tenía toda la zona de alrededor de la boca llena de sangra seca. La llevaron a una habitación y la tumbaron en una camastro y la ataron a él. Allí le hicieron una sencilla operación. Con un primitivo material quirúrgico, le hicieron una incisión en zona abdominal y le quitaron un riñón. Volvieron a coserla y la subieron a la buhardilla. Abrieron el candado de la puerta donde encerraban a la extraña bestia que habían visto Dani y Fernando. Luego la introdujeron allí, cerraron la puerta y se fueron. Quedaba ya poco tiempo para la gran ceremonia de aceptación del hermano .

El llevó a Roberto a la parte de atrás de la capilla. Desde allí se podía acceder a la parte principal de la misma por una pequeña puerta que estaba camuflada en los ladrillos de la pared. Allí estuvo un rato con él explicándole como sería la ceremonia y lo que debía de hacer. Cuando le dijo que si lo había comprendido él asintió con una voz que no reconoció como suya, sino como otra venida desde un lugar hueco y vacío, como un

jarrón. El dejó en aquel lugar a Roberto y le dijo que no se moviera de allí, que él tenía que ir a preparar la ceremonia. Roberto obedeció y se mantuvo allí mientras él se iba a la cocina a recoger los ingredientes del brebaje que tenía que tomarse Roberto antes de ofrecer el sacrificio al . Al cabo de un rato (que Roberto no pudo determinar porque había perdido la noción del tiempo

hacía mucho, ¿o quizás había sido hacía poco?), volvió con todos los ingredientes y comenzó a preparar aquella pócima al tiempo que le explicaba a Roberto lo que llevaba.

– Escucha bien porque algún día serás tú el que prepare este brebaje para dar la bienvenida a los nuevos miembros– le dijo. Entonces comenzó a mezclar los ingredientes a la vez que le contaba a Roberto lo que eran y de donde habían salido–. Lengua de gato: por aquí no verás un gato con vida porque los consideramos enviados de Satán y los ofrecemos al ; ojo de cuervo: los cuervos arruinan nuestras cosechas y por eso también los matamos; grano de trigo molido: como petición de una buena cosecha para el año siguiente; agua: símbolo de vida y el riñón de un intruso: los intrusos vienen a destruirnos y con ello pedimos protección ante ellos.

²A los intrusos les quitamos uno de sus riñones y luego se los entregamos a , que vive en la buhardilla. es una bestia mezcla entre hombre y animal salvaje. Lo tenemos en la buhardilla desde que lo encontramos en la puerta principal; lo alimentamos con los cuerpos de los gatos y con los de los intrusos, pero tienen que estar vivos y ha de matarlos él, si se lo damos ya muerto no se lo come y allí lo deja hasta que se pudre y se convierte en un esqueleto. Por eso los cuervos no se los damos, porque tenemos que matarlos la mayoría de las veces.

Roberto prestaba atención a los que le decía él intentando asimilarlo y adaptarlo a su mente. Intruso con vida que se lo come un mutante; gatos que también se los come ese ser; ofrecimientos a un Dios; sacrificio de vírgenes...

era un ser humano con cierta deformidad que los monjes consideraron como una bestia. Debido a su aislamiento no había aprendido a andar erguido totalmente ni a hablar; se comportaba como un salvaje. Estaba tan acostumbrado a la oscuridad que la mínima ráfaga de luz le dañaba.

Cuando vio que la puerta se abría se arrinconó en una esquina para que no le diera nada de luz, y para que los monjes no le castigaran. Había intentado huir en varias ocasiones, pero al acercarse a la puerta la luz lo cegaba y los monjes lo apaleaban hasta que volvía al rincón en el que se refugiaba ahora. Las veces que había capturado a algún monje y lo había matado lo habían tenido castigado sin comer durante una semana; la primera vez casi se muere de hambre pero las otras dos vivió a base de los restos de los monjes y, cuando estos se le acabaron, de sus propios

excrementos.

La puerta se cerró de nuevo y distinguió un nuevo bocado para él. Estaba de suerte, comería carne humana fresca después de muchos años sin hacerlo; era su

favorita, pero apenas se la daban. Al acercarse y ver que Silvia no se movía pensó que estaba muerta y la dejó allí. Nunca comía nada que no hubiera matado él mismo, era como un reflejo de supervivencia que había desarrollado con el paso del tiempo, tras una indigestión que cogió al comerse un gato muerto que le habían dado y que ya estaba en estado de descomposición.

Silvia se había dormido la otra noche en la habitación con Laura; cuando entraron a por su compañera para el sacrificio le echaron por encima unos polvos narcóticos que la dormirían hasta varias horas después de la operación. Durante el tiempo que estuvo bajo los efectos del sedante soñó que la separaban de Laura y que a cada una le aplicaban una tortura distinta, pero que no sabría decir cual era. Aunque estaban muy separadas, ella podía oír los gritos de dolor de Laura y también podía sentirlo; Sin embargo, era incapaz de sentir su propio dolor. Veía cuchillos y tijeras de un tamaño descomunal que se movían con soltura por todo su cuerpo y sesgaban partes del mismo sin que ella pudiera hacer nada. Luego, de pronto, todo se puso oscuro y lo único que recordaría al despertar sería una criatura monstruosa. Nada más próximo a la realidad que lo que iba a ver al abrir los ojos.

Corre el rumor por San Pedro de la Viña y algunos otros pueblos, que durante la Guerra Civil en el vivían un grupo de monjes o de frailes. Una noche fueron asaltados por un comando de la milicia republicana y los echaron de allí matando incluso a varios de ellos para asustar a los demás.

Cuando algunos de los monjes vieron que iban a ser atacados, avisaron a los demás para que salieran de allí y que no los asesinaran, como había sucedido en otros conventos e iglesias del país. Lejos de irse del convento, uno de los monjes se metió en la cocina e invocó a Satanás para que echara a los soldados de allí y ellos pudieran vivir en paz. A cambio de la protección, el monje le entregó su alma y la de todos los demás monjes del lugar. Para hacer la invocación tuvo que asesinar un gato y utilizar su sangre para el rito.

Aquella noche los milicianos conquistaron el convento, pero a media noche sin saber porqué, se declaró un incendio en la cocina y los soldados tuvieron que salir de allí; algunos de ellos murieron calcinados. Los que lograron escapar fueron a la mañana siguiente a recoger a sus muertos

para enterrarlos, y cuál fue su sorpresa cuando vieron que el estaba en perfecto estado y los monjes de nuevo viviendo allí. Esa

misma noche decidieron volver a ocupar el edificio; mataron a todos los monjes y volvieron a hacerse con el control del lugar; cuando dormían, otro incendio declarado en la cocina acabó con la vida de todos los soldados.

Hoy por hoy, en el se pueden ver marcas negras de quemado en la cocina pero no en el resto del lugar.

Fernando y Dani pensaban que estaban bien ocultos y que, como nadie los veía, podían actuar con sigilo. Sin embargo, cuando apenas llevaban allí un minuto alguien los sorprendió. Los dos se llevaron un susto de muerte; estuvieron a punto de chillar pero el miedo se lo impidió. Pronto se relajaron, al ver que el que los había sorprendido no era otro que su amigo Juan Cruz.

– Joder , que susto nos has dado– le dijo Fernando.

– Lo siento– se disculpó– es que os vi venir hacia aquí y decidí unirme a vosotros.

Los tres se contaron sus aventuras, Juan Cruz le contó lo del gato en la cocina y sus dos amigos le contaron lo del sacrificio que pensaban que se iba a celebrar. Juan Cruz les contó que había estado durante mucho tiempo en el huerto del fondo a oscuras, como si no hubiera amanecido nunca. Fernando y Dani le contaron que a ellos su estancia en la habitación se les había hecho eterna, pero que al salir aún estaba oscuro y no sabían si había pasado un día o si aún era de noche. Juan Cruz también les contó que había visto como Roberto, la noche anterior, había ido hacia la pequeña capilla del patio y por eso salió afuera sin esperarlos.

Tras contarse todo lo sucedido pusieron sus mentes en funcionamiento para urdir un plan y liberar a sus tres amigos y salir todos de allí. Juan Cruz había visto entrar a Roberto en la capilla pero no le había visto salir, así que, todavía continuaría allí preso por aquellas criaturas; y si Fernando y Dani estaban en lo cierto a Laura y a Silvia también las llevarían allí para celebrar aquel rito del sacrificio. Ojalá llegasen a tiempo para evitarlo. Corrían el riesgo de ser descubiertos pero el valor de sus amigos no tenía precio.

A la última hora del mismo día en el que los prisioneros habían huido (los monjes aún no sabían este último detalle) se celebraría el sacrificio de la virgen. Todo estaba ya dispuesto para la ceremonia. La víctima sobre la cama de ejecuciones y el nuevo integrante de la hermandad dispuesto a cumplir su misión. Los prisioneros y su

amigo estaban escondidos espiando a los monjes esperando la mínima oportunidad para acercarse a la capilla, entrar y sacar de allí a sus amigos para volver todos al pueblo a salvo.

Todos los monjes acudieron a la capilla bajo la atenta y vigilante mirada de los tres amigos ocultos. Cuando todos los monjes se hallaban en la capilla decidieron acercarse hasta allí para salvar a los prisioneros. Como no querían ser descubiertos, fueron por la parte de atrás (Juan Cruz se acordaba que allí había una puerta de cuando había ido con su hermana y la amiga de ésta). La puerta secreta estaba ahora abierta, porque por allí habían entrado Roberto y el y nadie la había cerrado. Desde donde estaban situados no podían ver el interior porque una cortina se lo impedía; lo único que podían ver eran sombras creadas por las velas que rodeaban a Laura.

Dentro del lugar, el hablaba a los demás monjes para contarles que el hermano iba a sacrificar a una virgen como ofrenda al . Aquello significaba que cuando el se retirara de sus actos de líder de la hermandad toda esa responsabilidad recaería en Roberto. Cuando el acabó de hablar a sus todos rezaron una oración hacia el antes de iniciar el sacrificio.

Laura estaba a la espalda de Roberto y el líder de aquel grupo de fanáticos, entre ellos y la cortina que no dejaba ver desde fuera a sus tres amigos. No podía verle la cara a Roberto porque la llevaba tapada con el hábito tan siniestro que llevaban todos ellos; tampoco podía ver a Fernando, Dani y Juan Cruz porque estaba la cortina, lo primero y porque de la forma en la que estaba atada le era imposible girar el cuello lo suficiente.

El se acercó a Roberto y le dio un puñal muy raro, con curvas, y ambos se colocaron a detrás del camastro de Laura, de cara a la audiencia. Laura lloraba de miedo al ver que iba a morir, no podía gritar porque estaba amordazada. Los dos terribles seres que la iban a matar estaban a su lado. Aquella terrible imagen ya la había vivido antes pero no podía recordar donde. El y el resto de los monjes entonaban una oración a la vez que el monje que acompañaba al se colocaba al lado de Laura con el cuchillo a la altura del pecho. El cántico de los monjes se fue elevando de tono, el iba metiendo la mano en un cáliz en el que tenía el brebaje del sacrificio e iba a los monjes con él; cuando acabó de extender unas gotas de la pócima bebió unos tragos y se lo pasó al otro monje que estaba con él que se bebió el resto. El canto de los monjes llegaba a su punto cumbre y Roberto levantó el puñal por encima de su cabeza, el le dio la orden de ejecución, en ese instante la capucha se apartó de su cara y Laura podía ver el rostro de su ejecutor. Ese rostro no era

otro que el de Roberto; pero no el del Roberto que ella conocía si no que era el rostro de un ser que parecía que hubiera muerto hacía mucho tiempo, aún conservaba algunos rasgos de su amigo pero no era él, era

como un zombi, como si se estuviera descomponiendo. Cuando Laura reconoció a su amigo la mirada se le cambió, pasó del miedo a la incredulidad. ¿Cómo podía estar haciendo eso?

En aquel momento, por la cabeza de Roberto pasó la imagen que había visto la noche anterior del ardiendo; el foco del fuego estaba en la cocina, lo sabía porque de allí era de donde salían más llamas. La imagen se borró de pronto.

En ese mismo instante, los tres amigos fugitivos decidieron adentrarse en la capilla; cuando vieron a Roberto intentando matar a Laura todos se quedaron perplejos, aquella era la última imagen que esperaban encontrarse. El primero en reaccionar fue Dani que se abalanzó contra Roberto y lo derribó impidiendo que matara a Laura, acto seguido los otros dos liberaron a Laura ante el asombro de los monjes y del . ¿Cómo era posible que hubieran escapado de su prisión?

Juan Cruz cogió a Laura en brazos y salió de allí lo más rápido que pudo, cuando los monjes quisieron reaccionar él ya estaba fuera, camino del edificio principal. Fernando ayudó a Dani a ponerse en pie y salir corriendo. Roberto y el resto de los monjes corrieron tras ellos; Roberto fue el primero en alcanzarlos; derribó a Fernando y elevó el cuchillo sobre él. El dio orden a los demás monjes de que no intervinieran, que aquello era asunto del hermano y él lo debía resolver.

Fernando miró a los ojos de Roberto y a la mente de éste vino el sueño que había tenido la noche anterior, pero ahora sí que podía distinguir las caras de los que le acompañaban, correspondían a aquellos intrusos que se llevaban a la chica que él iba a sacrificar para entrar en la hermandad, la chica era otra de las personas que le acompañaban. También pudo identificar la imagen aterradora que allí aparecía y no era otra que la que le había dado aquel puñal y le había mandado ejecutar a una de sus . Pero algo no cuadraba, le faltaba una persona, otra de las chicas. Aquellas palabras comenzaron a rondar su cabeza sin saber porqué, las oía una y otra vez. Lo estaban volviendo loco.

– Roberto, soy yo, Fer– le dijo su amigo; pero Roberto no lo recordaba.

– – repitió mecánicamente; aquella no era su voz, era más profunda. Se estaba volviendo loco. La cabeza le iba a estallar; se llevó las manos a la cabeza y se puso a dar vueltas sobre su propio eje a la vez que gritaba aquélla frase.

Fernando aprovechó para huir y unirse a sus amigos que lo esperaban inmóviles sorprendidos ante la actuación de Roberto. Ninguno de sus amigos sabía lo que Roberto quería decir con aquellas palabras. . Aquella palabra comenzó a revolver la mente de Dani. Claro, habían arrojado a Silvia a la guarida del monstruo que había intentado devorarlos a ellos.

Sin perder un segundo se lo comunicó al resto del grupo.

– Silvia está en peligro; corramos antes de que ese bicho la devore. Esperemos que no sea demasiado tarde.

Todos corrieron escaleras arriba, pasaron el primer piso y se encaminaron hacia la buhardilla. Cuando todos corrían hacia las escaleras el mandó a sus fieles seguidores ir tras ellos. Roberto seguía gritando y dando vueltas sobre sí mismo como un loco. De pronto, las ideas se le aclararon y corrió hacia el . Éste al verlo correr hacia él extendió sus brazos para acogerle en ellos; necesitaba de aquel muchacho para que se continuara la tradición que su antecesor había iniciado muchos años atrás. Roberto se refugió en los brazos del .

Un fuerte alarido salió de la boca del líder de los monjes. Roberto no buscaba el refugio, sino que lo que hizo fue clavarle el puñal del sacrificio en el pecho. Cuando el se retiró, un humo negro comenzó a brotar de la herida que Roberto le hizo. Luego, recordando la visión que tuvo la primera vez que se acercó a la capilla corrió hacia la cocina; esa visión era el en llamas, y por la disposición de las mismas el fuego se debió originar en la cocina (o eso pensaba, quisiera dios que fuese así).

Silvia se despertó en el mismo instante en el que sus amigos comenzaron a subir las escaleras del primer piso a la buhardilla. Al abrir los ojos, la primera imagen que vio fue la de un horrible monstruo que se acercaba hacia ella encorvado y emitiendo unos horrendos sonidos guturales. Silvia se quedó aterrada, intentó ponerse en pie y huir pero un fuerte dolor en su cuerpo se lo impidió, los puntos que los monjes le habían dado se le habían abierto y había comenzado a sangrar. Como pudo, fue retrocediendo de aquel horrible ser. La puerta se abrió tras ella y Dani entró a rescatarla; cuando se acercó a

ella, se lanzó contra él y lo derribó. Fernando entró poco después de Dani, y tras él Juan Cruz; con aquella mala iluminación apenas podían distinguir lo que allí dentro estaba sucediendo, lo único que veían era que su amigo Dani estaba en un lío. Tenían que liberar a Silvia y ayudar a Dani en su lucha contra aquella bestia, así decidieron dividir sus fuerzas y Juan Cruz se ocupó de sacar de allí a la chica y Fernando acudió en ayuda de Dani. Cuando Juan Cruz puso a Silvia a salvo (fuera de la buhardilla con Laura) volvió a ayudar a sus dos amigos.

Cuando se internó de nuevo en la buhardilla vio a Dani en el suelo sangrando de una gran herida en el pecho. Fernando estaba cogido del cuello por y le empezaba a faltar el aire. Juan Cruz ayudó a Dani a ponerse en pie, cuando lo consiguió le indicó que saliera fuera con las dos chicas. A duras penas Dani hizo lo que le indicaba su amigo. Cuando Dani hubo abandonado la sala, Juan Cruz se lanzó contra el terrible ser que tenía preso a Fernando haciendo que lo soltara. Cuando Fernando cayó al

suelo tosió varias veces y luego se puso en pie. se recuperó del golpe recibido por Juan Cruz y luego inició un ataque contra él pero Juan Cruz lo esquivó y la criatura se fue contra una de las paredes y chocó contra ella; Juan Cruz se acercó a Fernando y, como ya hiciera con Dani, le ayudó a levantarse y a salir de allí. intentó evitarlo, pero cuando se acercó a la puerta algunos rayos de luz le llegaron de fuera y se quedó cegado en el umbral de la puerta. ¿Pero de dónde venían esos rayos si en aquel lugar nunca salía el sol y la luz de las estrellas no podía llegar hasta allí? Pues venía de una pequeña fogata que había hecho Laura con el mechero de Dani para calentar a Silvia y a Dani porque se quejaban de que tenían mucho frío.

Aprovechando la ceguera temporal del monstruo los cinco huyeron de allí. Cuando estaban bajando el segundo tramo de escaleras, del primer piso a la planta baja, notaron un calor tremendamente inusual en aquel lugar. Era como si una hoguera gigante hubiera sido encendida allí. Llegaron a la planta baja y miraron hacia el patio con el fin de encontrar a Roberto pero éste no se encontraba allí. El patio estaba lleno de monjes agrupados en torno a alguien tendido en el suelo. Cuando se dispersaron y tomaron la dirección del edificio principal los cinco amigos pudieron ver que la persona que estaba en el suelo era el que yacía sin con algo clavado en el pecho; era el cuchillo que tenía Roberto para matar a Laura. Un extraño resplandor salió de la cocina. Era fuego. Se había declarado un incendio en dicho lugar. Los monjes que se encaminaban al lugar del fuego comenzaron a chillar y huir dando vueltas sin sentido,

como un rebaño de ovejas amenazadas por la presencia de un predador. Escucharon una voz, era la de Roberto que venía desde la cocina.
– Huid mientras podáis– les indicó.

Un ruido chirriante sonó en la puerta de entrada, a sus espaldas. El portón que no les había dejado salir de allí se abrió de par en par y pudieron salir de aquel demoníaco lugar. No pudieron hacer nada por Roberto, que murió calcinado en el incendio de la cocina al igual que el resto de los monjes. Los cinco amigos estaban tan rendidos que nada más salir se quedaron dormidos a las puertas de aquel lugar.

Cuando a la mañana siguiente se despertaron la luz del sol bañaba sus rostros; pero no despertaron a la puerta del , donde se habían quedado dormidos, si no que Laura y Silvia despertaron en la habitación en la que se habían metido a buscar carboncillo, Dani y Fernando en la buhardilla, Juan Cruz en la gran habitación central del piso de arriba. Ninguno de ellos sabía que era lo que les había pasado. Simplemente recordaban que la noche anterior habían ido al después de las cervezas y... no recordaban nada más. Primero se juntaron Dani y Fernando con Juan Cruz, luego más tarde los tres con las dos chicas en el vestíbulo. Todos estaban preguntándose qué era lo que los había sucedido sin hallar una respuesta

coherente, cuando una profunda voz habló desde el patio.

– Joder, me he quedado dormido en aquella puta capilla. ¿Por qué nadie me ha despertado?– preguntó Roberto.

Todos se giraron asustados por aquel tono de voz tan ronco.

– Y encima me he puesto malo.

Los seis amigos se juntaron en el vestíbulo, le explicaron a Roberto que ellos también se habían quedado dormidos y que hacía unos minutos que habían despertado. Luego salieron de allí; cuando lo hicieron una extraña y placentera sensación los invadió a todos.

– Alguna vez os habéis preguntado por qué nunca hay gatos en el – preguntó Roberto.

– ¿A qué viene esa pregunta?– contestó Juan Cruz.

– No lo sé, simplemente es que se me ha pasado por la mente ahora mismo– dijo Roberto–. Joder que calor que hace– y se quitó la cazadora.

– Robe, ¿qué es eso que tienes ahí?– le preguntó Laura señalando una marca que tenía Roberto en un brazo; era una ampolla muy grande.

– No lo sé; parece una quemadura, pero no sé con qué me habré quemado.

De repente se giró para mirar hacia el y vio salir un poco de humo de la cocina.

– Mirad, debemos haber encendido fuego y no lo apagamos antes de quedarnos dormidos. Menos mal que no se ha prendido todo el – les dijo a sus amigos.

– Pues sí– contestó Silvia–. Joder, me cuesta hablar, como si hiciera años que no lo hiciera.

– Yo no recuerdo haber encendido nada– dijo Fernando.

– Ni yo– dijeron a la vez Dani y Juan Cruz.

– Nosotras tampoco– dijo Laura.

– Igual fueron Manolo y estos– dijo Roberto–. ¿Por cierto los visteis por allá arriba?

– No– contestaron al unísono Juan Cruz, Dani y Fernando. Y sin más comentarios continuaron el camino de regreso a San Pedro.

Nombre que recibe el campo de fútbol y sus alrededores.

Edificio en ruinas donde se reunían las generaciones que corresponden a los protagonistas desde el año 1993 hasta el año 1998.

Forma de denominar a un grupo de gente compuesta por personas de Carracedo y San Pedro de la Viña. Dicho nombre viene porque tres de sus miembros son de Cataluña.

Llamada así por la multitud de accidentes que han tenido allí los jóvenes de San Pedro de la Viña con el coche.

Depósito de agua desde donde se bombea el agua del pueblo. Está de camino al campo de fútbol.

Depósito donde se almacena el agua, luego baja al depósito pequeño que la bombea al pueblo. Está al lado de la iglesia en una pequeña montaña.

Fuente que hay en San Pedro de la Viña que data de la época romana. Como su nombre indica . Lugar entre San Pedro de la Viña y el en el que hay campos de cultivo.

El consta de tres plantas: primera, segunda y buhardilla. Aquí, a la primera planta se le llama también planta baja, indistintamente. Puede causar la confusión del lector, pero la primera y la baja es la misma.

Septiembre-Octubre de 2001